



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1661

Del Académico de Número
don Ricardo Ostuni, con un

HOMENAJE A MIGUEL UNAMUNO

Señor Presidente:

Hay personas que transitan por la vida con el don de dejar una estela indeleble a su paso. A esta especie de elegidos pertenecía nuestro cofrade don Miguel Unamuno, fallecido el pasado 20 de junio. Había nacido el 1 de mayo de 1932.

Visto desde lo personal, era una suerte de versión moderna e irónica del viejo porteño. Hombre culto, afable y, sobre todo, conocedor de los secretos códigos de la amistad y de la política, que observó a ultranza. Por eso cosechó amigos y respeto en distintos partidos y círculos políticos del país.

Sus inicios en la vida pública fueron las luchas sindicales de fines de la década de 1950 como militante de la Juventud y Resistencia Peronista y como dirigente del gremio de los bancarios, en el cual llegó a ocupar la Secretaría General Nacional. Llevaba la herencia socialista de su padre, Juan Unamuno, y la formación gremial de su mentor, Augusto Vandor.

En 1973, en los agitados días del gobierno de Cámpora, fue designado presidente del Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires. Quienes recuerdan ese tiempo señalan que Miguel fue el hombre para las decisiones importantes en un bloque dividido entre la gente de la UOM y el grupo Guardia de Hierro; pero, ante todo, para asegurar la convivencia armónica entre todos los bloques. Tenía la inteligencia, la flexibilidad y la bonhomía indispensables para dirigir un cuerpo tan heterogéneo como lo era entonces la llamada Junta de Representantes.

En los meses previos al derrumbe de Isabel Perón, hubo que recurrir a él –a su muñeca y sabiduría– para que condujera el ministerio de Trabajo. Y Miguel, fiel a los códigos de la militancia, aceptó, a sabiendas de que tal honor le depararía finalmente los sinsabores de la cárcel y la persecución.

En una breve síntesis de su trayectoria en los ámbitos de la política, cabe recordar que también fue elegido dos veces diputado nacional, que fue embajador de la República Argentina en Ecuador y que culminó su paso por la función pública como director del Archivo General de la Nación.

En ninguno de sus cargos pasó inadvertida su presencia. En Ecuador hizo una gestión cultural que aún se recuerda y dejó como testimonio un libro que es una verdadera antología de los poetas ecuatorianos que cantaron a Gardel.

Su pasión por la investigación y la historia, tanto argentina como uruguaya, lo llevó a fundar, dirigir y editar la revista *Des-memoria*, abierta a todo el pensamiento historiográfico como un verdadero ejemplo de pluralidad de ideas y de pluma. Basta con recorrer sus ejemplares para corroborar que Miguel no estaba atado a ningún preconcepto.

Lo conocí en tiempos de su paso por el Concejo Deliberante, pero nuestra amistad nació hace unos veinte años, cuando me invitó a participar de una mesa sabatina en torno de la cual se reunían nombres prestigiosos como Dardo Cúneo, Rogelio Frigerio, Rubens San Sebastián, Ramiro de Casasbellas, Horacio Salas, Enrique Zuleta Álvarez, Emilia Puceiro, Jorge Barroca, Jorge Bossio, Luis Ricardo Furlan, Duilio Brunello, Enrique Mayochi, Atilio Stampone y otros asiduos visitantes de ambos lados del Plata. Miguel presidía las deliberaciones, esto es, como un verdadero pope iba orientando los temas de discusión, que abarcaban desde la historia a la literatura, desde lo político a lo gremial, desde las experiencias personales a los relatos de otros acontecimientos que nos enriquecían.

Veinte años estuvimos reuniéndonos los que fuimos quedando por las deserciones que la muerte fue imponiendo con su inexorable mandato.

Ahora le tocó partir a Miguel Unamuno. Su ausencia es indisimulable cada sábado porque la presencia de su espíritu sigue rigiendo el encuentro de los pocos que quedamos en la mesa semanal extrañando su comentario mordaz o irónico y su ronco vozarrón, que solía alzar cuando quería imponer su punto de vista, tozuda pero convencidamente.

Fue un hombre abierto a todas las expresiones políticas del país. Era un peronista que admiraba a Yrigoyen, tanto que era miembro del Instituto Nacional Yrigoyeniano, y

fue uno de los pocos extrapartidarios que habló alguna vez en la Casa Radical para rendirle homenaje al recordado líder. En los últimos tiempos escondía su decepción eludiendo todo comentario sobre la actualidad del país.

Unamuno ingresó en nuestra Corporación el 2 de diciembre de 1995. Ocupó la vicepresidencia entre el 29 de octubre de 2003 y el 1 de octubre de 2005, y nos dejó un brillante trabajo sobre Santiago Dallegri, aquel costumbrista uruguayo que fue también Académico Correspondiente y cuyo nombre lleva, precisamente, el sillón que Miguel ocupó en sus años como Académico de Número.

Además, fue autor de otros importantes libros: *Herrera: un oriental de todo el Plata*, *La muerte de Ramírez y las olvidadas memorias de Anacleto Medina*, *Las reformas constitucionales en el siglo XX*, *El peronismo de la Derrota* (en colaboración con Julio Bárbaro y Antonio Cafiero), y un estudio sobre la personalidad y la trayectoria de Diego Luis Molinari.

Asimismo, fue miembro del Instituto Juan Manuel de Rosas, del Instituto de Historia del Ecuador y del Instituto O'Higiniano, lo cual completa su incansable periplo por toda la historia de nuestro continente.

Sean mis palabras finales para un agradecimiento personal por la amistad que me brindó sin condiciones, por lo mucho que aprendí oyéndolo discurrir sobre los años duros de la Argentina y por esos otros veinte años durante los cuales nos convocó, cada sábado, a repetir el rito de reunirnos con él en torno de una mesa que ya nunca, jamás, será la misma.

A Miguel Unamuno nunca lo alcanzará el olvido.

Buenos Aires, 4 de julio de 2009

RICARDO OSTUNI
Académico de Número
Titular del sillón "Luis C. Villamayor"